Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Económicas

CESPA
Centro de Estudios de la Situación y Perspectivas de la Argentina

ISSN 1853-7073

# Félix Weil, Jorge Schvarzer y el enigma argentino

***Mario Rapoport***[1]

*Documento de Trabajo Nº 39*
**Octubre de 2014**

[1] Profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires. Director del IDEHESI (Conicet-UBA). Este texto tiene por base una conferencia en honor de Jorge Schvarzer el 15 octubre 2014, en el Salón de actos, FCE, UBA.

Con Jorge Schvarzer, que hoy homenajeamos en una nueva conmemoración de su fallecimiento, el azar y la afinidad intelectual jugaron casi al mismo tiempo y en esto tuvo un rol decisivo Félix J. Weil. Como señalo en el prefacio de mi último libro recién publicado, *Bolchevique de salón,* dedicado a la vida y obra de Weil el fundador argentino de la escuela de Frankfurt y un desconocido todavía para muchos, descubrí su obra gracias a una revista en la que Jorge colaboraba a fines de los años '60 dirigida por Milcíades Peña, *Fichas de la investigación económica y social.*[2] En ella aparecía un artículo que sintetizaba parte de la ideas de Weil, una especie de rejunte pero bien hecho, tomado de su único libro formal, *Argentine Riddle,* titulado "La Argentina en vísperas del peronismo".[3]

Como consecuencia de ese azar que nunca es tal, a principios de 1971, a los pocos meses de haber llegado a París para hacer estudios de posgrado, me presentaron a Jorge. En él advertí una inteligencia incisiva, que iba siempre al nudo de los problemas, así como una gran firmeza en sus ideas, que no coincidían exactamente con las mías. Por eso, ese primer encuentro se tradujo también, en la primera de las interminables discusiones que tendríamos luego, en ese París que nos había atraído como un imán. En mi caso, por su influjo intelectual y por vivir más de cerca la reciente experiencia de los acontecimientos de Mayo de 1968. Jorge, a su vez, que había ido por fines laborales, no era ajeno al mismo tipo de atracción y curiosidad que sentía yo y lo aprovechó para asistir a cursos y seminarios cortos con grandes profesores de aquella época.

Él se quedó allí por un año, entre 1971 y 1972, pero sorprendentemente se volvió, cuando tenía todas las posibilidades de quedarse, llevado por cierto impulso nacionalista, aunque esa palabra no le gustaba mucho, tal como lo señala en forma transparente en su autobiografía: "me sentía allí un

[2] Ver Mario Rapoport, *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt,* Ed. Debate, Buenos Aires, 2014.
[3] *Fichas de Investigación económica y social*, año 2 nº 7, 7 de octubre de 1965, pp. 48-60.

extranjero".[4] Mi caso fue parecido, aunque yo retorné recién terminado mi doctorado, en 1975, también con chances de poder quedarme. El terruño tiraba aunque corrían tiempos tumultuosos y el circuito era inverso. En ese momento muchos venían escapando de la Argentina y regresaron recién con la democracia aunque varios se radicaron definitivamente en Europa o en otros países.

Lo extraño del caso en mi relación con Jorge es que cuando lo conocí yo era muy poco a su lado. Había llegado a esa ciudad con una beca laboriosamente obtenida, un francés que apenas chapurreaba, un título de economista de la UBA y algunos antecedentes docentes y profesionales (que facilitaron mi elección para la beca) pero nada publicado. Él, por su parte tenía varias publicaciones, había estado vinculado a una revista relativamente prestigiosa en círculos de izquierda, trabajado para empresas importantes, estuvo un tiempo estudiando en Japón y conocía los Estados Unidos. Yo sólo había pasado mi luna de miel en Montevideo.

Pero los dos teníamos algo en común, más que interesarnos los estudios o trabajos que íbamos a hacer nos preocupaba el debate sobre la dinámica del capitalismo contemporáneo, especialmente en América Latina, partiendo de las distintas corrientes de pensamiento crítico que entonces proliferaban. Esa fue la razón por la que Jorge me dio de inmediato alguna bolilla. Tengo que recordar que el primer artículo que escribí y publiqué en francés en la revista *Politique* d'*aujourd*'*hui*, con pseudónimo, lo hice en 1974, mucho después de la vuelta de Jorge a Buenos Aires, aunque con él pude discutir algunos aspectos iniciales de mi tesis doctoral, que comencé justamente a fines de 1971 bajo la dirección de Pierre Vilar, uno de los más prestigiosos historiadores económicos franceses. Por supuesto, a Jorge le interesaba sobremanera la historia económica, en especial la argentina, y nos unían intelectualmente muchos temas.

Además, por aquel entonces los que estudiábamos en París, con esa humilde beca que no nos alcanzaba para gran cosa, buscábamos compartir viajes por Europa, y en ese sentido nuestras ansias de conocer el viejo continente eran interminables y quizás más importantes que los mismos

[4] Jorge Schvarzer, *Autobiografía,* http://www.jorgeschvarzer.com.ar.

estudios. Me acuerdo que poníamos carteles en la ciudad universitaria con ese fin, de modo de economizar, porque todo era terriblemente caro para nosotros. Yo tenía la ventaja de haber adquirido casi por monedas, un buen instrumento, un viejo Peugeot 403 de 1958, que había comprado en un mercado de pulgas de autos y me fue muy fiel, porque con él pude recorrer casi toda Europa de punta a punta, aunque de vez en cuando me quedaba sin frenos, sin embrague, sin baterías o sin neumáticos. No obstante, su motor era indestructible, a prueba de infartos.

Jorge, que también apetecía viajar con el menor costo posible, tomó enseguida conocimiento de mis intenciones de conseguir acompañantes. Fue uno de los primeros que con mayor o menor éxito tuve, porque es difícil convivir con desconocidos o gente poco conocida, y Jorge se enganchó en una de esas travesías, junto a su pareja de entonces y yo con la mía aquí presente, que es mi testigo. Me acuerdo que elegimos ir a Alsacia y Lorena y de allí correrno a Praga y Budapest, no fuera el caso que nos perdiéramos algunas maravillas de aquellos lares, aunque ambos ya éramos, desde ángulos distintos, totalmente críticos del “socialismo realmente existente”.

Ese primer viaje fue también el primer día de nuestras nuevas vidas y quizás eso nos acercó más. Para conocer las carreteras de Francia hay que leer el hermoso cuento de Cortázar “La autopista del Sur”, donde las describe magníficamente, repletas de largas filas de autos detenidos o marchando a paso de tortuga, y origen también de terribles accidentes múltiples.

Iba yo manejando por una autopista de aquellas, en dirección a Estrasburgo, a medianoche, en medio de una espesa niebla que me hacía sentir como el Dr. Magoo, procurando llegar lo antes posible para conseguir alojamiento, cuando de pronto vimos pasar en sentido contrario a varios autos que nos hacían señas para que nos detengamos, o nos gritaban en un francés gutural e incomprensible lo que creíamos insultos gratuitos por nuestra velocidad aunque mi auto no podía pasar de los 40 Km por hora. Luego advertimos un resplandor a lo lejos, comenzamos a asustarnos y nos dijimos si no era mejor volvernos pero no podíamos perder ni tiempo ni gasolina, como pobres y argentinos que éramos.

De golpe, se hizo la luz, los bordes de la carretera iluminada por los faros de algunos autos o fogatas encendidas nos empezaron a mostrar,

fantasmagóricamente, como en una pesadilla por la espesa neblina, cuerpos tendidos, heridos o quizás muertos, autos destrozados; y a oír gritos de socorro y llantos de dolor mientras alcanzábamos a advertir más señas de que no siguiéramos. A lo lejos ya ululaban sirenas de ambulancia y autos de policías. En suma, nos salvamos raspando, eludiendo vehículos detenidos que se cruzaban en el camino casi transversalmente o cuerpos tirados sobre la misma ruta, pero ahora no podíamos parar, era casi imposible sin chocar algo o salirnos del camino atropellando a alguien. Había ocurrido uno de esos accidentes múltiples, que según nos dijeron luego, afectó aquella vez a más de 50 autos.

Escapados apenas de la masacre, llegamos a Estrasburgo y lo primero que hicimos fue ir a cenar algo para calmar nervios y estómagos. Entonces el cantinero, a quien le contamos la tragedia, nos invitó gratuitamente a probar una botella recién ordeñada del primer Riesling de ese año, un vino blanco maravilloso. Por supuesto, lo hicimos en ese primer día del resto de nuestras vidas, brindando por nuestra suerte y sintiendo que teníamos algo más en común.

Pero en realidad, lo que más nos unía detrás de todas estas anécdotas y vuelvo al principio, eran Félix Weil y *Argentine Riddle*.[5] Así se denomina en inglés el principal libro de Weil. Jorge ya me había confesado su colaboración en *Fichas* como Víctor Testa, y se ufanaba de haber descubierto a Weil junto con Peña. Peor por esa época ¿cuál era ese enigma argentino que tanto nos preocupaba? Por supuesto, explicar, en primer lugar, el surgimiento del peronismo, aunque, sobre todo, la problemática de un país, que Weil había descrito en 1944 como “la tierra del estanciero”, y que atravesaba en esos años cruciales un importante proceso de industrialización, pero acompañado de crisis políticas, cambios sociales y tormentosos vínculos internacionales.

Justamente los diversos estudios y teorías cepalinas y no cepalinas sobre el centro y la periferia me habían llevado en lo que a mí respecta a focalizar mi plan de tesis doctoral sobre las relaciones de Argentina con Gran Bretaña y Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial.[6] Para eso tuve

[5] Félix J. Weil, *Argentine Riddle,* John Day Company, Nueva York, 1944.
[6] Véase Mario Rapoport, *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas,* Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1981.

la suerte de poder trabajar en los archivos del Foreign Office sobre esa época, el mismo año en que los documentos respectivos se pusieron a disposición del público relatando de primera mano esa historia apasionante, la de los últimos momentos de los gobiernos conservadores y los inicios del peronismo. Algo le había adelantado a Jorge acerca de mis descubrimientos en el tema antes de su retorno a la Argentina, y allí estaban en juego las tesis de Milcíades Peña, basadas en gran medida en nuestro ya común conocido Félix José Weil.

Como señalo en mi libro sobre la vida de Weil, *Argentine Riddle (El enigma argentino* en castellano) muestra sus cualidades de economista e historiador, y pertenece a lo mejor de lo escrito sobre el país en el mirador de los años '40.[7] Aun si existen en él errores en la interpretación de algunos hechos claves y hoy, a la luz de la aparición de bibliografía surgida posteriormente, podamos hacer un balance más crítico de su contenido. Su análisis descarnado sobre la situación del campo argentino, la irrupción del desarrollo industrial y las precarias condiciones de vida de los trabajadores de la época, así como su enfoque interdisciplinario, todavía tienen valor y constituyen uno de sus mayores méritos.

En esa vida confluyen los grandes negocios en el comercio de granos; el contexto de las guerras mundiales y las revoluciones; la difusión del marxismo y los debates en el seno del socialismo y del comunismo; el ascenso del nazismo; la creación, con su iniciativa y su apoyo financiero, del Instituto de Investigación Social que dio lugar a la formación de la famosa Escuela de Frankfurt, centro de pensamiento de gran influencia en el ámbito de las ideas políticas y sociales; una vida aventurera dividida entre mundos bien diferentes que incluye, especialmente, dramáticos acontecimientos en la Alemania pre hitleriana y en la Argentina de las décadas del treinta y del cuarenta –en momentos en que surge el peronismo–, en los Estados Unidos de la guerra y de la posguerra y en la Francia de mayo 1968, de los que Félix J. Weil fue un actor privilegiado o al menos un lúcido espectador.

La admiración de Jorge por Félix se advierte en el prólogo de una verdadera hazaña intelectual, la reseña simultánea de siete libros en el número 1 de la *Latin American Research Review* de 1992 , titulado "The Argentine

[7] Félix J. Weil, *El enigma argentino,* Ediciones de la Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2010.

Riddle in Historical Perspective", en castellano "El enigma argentino en perspectiva histórica) donde actualizando a Weil, Schvarzer dice que "La evolución argentina en el siglo veinte ha frustrado no sólo a los argentinos, sino que ha constituido también un enigma para los estudiosos al menos hasta 1930. La Argentina parecía destinada a transformarse en "Los Estados Unidos del Sud" (por sus indicadores económicos y sociales…) pero seis décadas más tarde, en contraste Argentina representa un curioso modelo de retroceso económico y social. La vieja pintura optimista se corroe por un profundo estancamiento en la producción que lleva a una brusca declinación de los ingresos una marginalización social y una crisis en el sistema educativo".

Ya en un libro publicado para conmemorar el primer centenario y dedicado a atraer inversores extranjeros, se transcribía, mirando hacia el futuro, una conversación que Carlos Pellegrini tuvo con el entonces presidente de Estados Unidos Theodore Roosevelt. En ella Pellegrini manifestaba su creencia de que para fines del siglo XX su país tendría rasgos iguales a los de la potencia de Norte en ese momento y Roosevelt le respondía que no estaba de acuerdo, que sería mucho antes.[8]

Sin embargo, en los años '40, Weil señalaba que eso no había sucedido por la rémora que significaba el modelo agroexportador, mientras que para Schvarzer, como veremos más adelante, el retroceso se había debido a la experiencia rentística-financiera iniciada por la dictadura militar de 1976. Además, la esperanza de un paraíso pasado (el de las carnes y los cereales) al que muchos querían volver, hicieron que la transformación en una sociedad fabril se convierta en un combate todavía no resuelto. Quizás había más de un enigma, pero el mérito de Weil era de el de abrir con sus interrogantes la puerta de la celda por la que muchos pensaban se iba a dejar escapar un futuro mejor para los argentinos.

Jorge y yo coincidíamos con algunas de las tesis de Weil aunque divergíamos con él y entre nosotros en torno a las relaciones externas del país y a la naturaleza del peronismo, en este último caso porque veíamos más próxima, estábamos en 1972, su vuelta al poder. Sobre todo, nos interesaba el estudio de sus orígenes, tan discutidos, recurriendo a un autor clave que los

[8] Albert E. Martínez y Maurice Lewandowsky, *The Argentine in the Twentieth Century.* T Fischer Unwin, Londres, 1911, p. xliii.

había analizado en el mismo momento sin estar ya vinculado a la política local. Weil dice claramente en su libro, en contra de toda la partidocracia política tradicional de la época, de izquierda y de derecha, que Perón no era un nazi, sino que encarnaba una especie de autoritarismo casero.

Tanto Jorge como Peña, coincidían en el fondo en lo que era la interpretación principal de Weil: que el golpe del 4 de junio de 1943, lo hicieron los mismos estancieros a través de los militares y de su hombre fuerte, el coronel Perón para evitar que el proceso de industrialización se les vaya de las manos y con ello el predominante esquema agroexportador. Los estancieros (mayoritariamente probritánicos y anti industrialistas) "tenían –dice Weil– la convicción creciente de que habrían decidido abolir con el golpe de Estado la fachada de democracia existente, con la convicción, cada vez más firme entre ellos, de que la industrialización no podía más ser impedida […] que Argentina estaba irrevocablemente en el camino para volverse una nación industrial".[9]

Todos los signos indicaban que la única manera en que podían mantener su posición dominante bajo esas circunstancias era recurrir desembozadamente a una dictadura. Así podrían controlar la industrialización y sacar lo mejor de una mala situación. Era claro que el futuro rol del presidente tendría que ser el de 'moderador' entre los viejos intereses agrarios y los nuevos intereses. "Tendría que ser un hombre fuerte, alguien en quien los estancieros pudieran confiar". En ese contexto, sólo podían conservar su posición dominante a través de una dictadura militar en la cual el dictador/presidente mediara o arbitrara entre sus intereses y las nuevas fuerzas asociadas con la industria. Weil, veía en realidad que la industrialización creciente, junto con las migraciones internas, y la transformación definitiva del país en un paisaje urbano y ya no rural amenazaban el predominio de la oligarquía terrateniente, un enfoque que en principio resultaba correcto, aunque su interpretación del golpe militar era equivocada.

Perón estaba lejos de ser un portavoz de los estancieros y este error de Weil puede atribuirse a la circunstancia de que cuando escribió su libro todavía no se percibían plenamente los cambios que representaba su presencia y el rechazo a su figura por parte del conjunto de las viejas elites tradicionales.

[9] F. Weil (*El enigma argentino,* 2010), p. 76.

Por otro lado, a medida que crecía su poder político era criticado por las principales fuerzas políticas existentes que lo consideraban opuesto a una salida democrática; por la mayoría de la izquierda a la cual sus políticas sociales y su forma de conquistar los sindicatos los dejaba de lado; por los industriales, que tenían mano de obra barata como resultado de las migraciones internas y veían como esta comenzaba a encarecerse repentinamente; por los norteamericanos, que se habían opuestos desde 1942 a la política de neutralidad en la guerra y ya habían atacado duramente a los gobiernos conservadores. Aunque ahora, que tenían a la vieja oligarquía como aliada, consideraban a Perón aun peor para sus intereses, por lo que justificaban las duras sanciones económicas y políticas de Washington, amplificadas por la actuación del embajador Braden y la publicación del llamado libro Azul.

Aquí nos encontramos con uno de las tesis principales de Schvarzer: la inexistencia de esa hipotética burguesía nacional, en contra de lo que sostenían varios autores de izquierda cercanos al peronismo, con los cuales Jorge y Peña polemizaban. Más bien, Perón resultaba, al fin y al cabo, según Peña "un coronel sindicalista". Su relación con los trabajadores podía haber sido sincera, como la veían sus partidarios o demagógica como proclamaban sus opositores. Peña y, a través suyo Jorge, reconocían el efecto sobre aquellos de esas medidas sociales aun criticando sus manejos para conformar una conducción sindical que lo respalde. Pero se podía deducir también que su sostén principal en los sindicatos tenía relación con el hecho que le había fallado la segunda pata de su esquema de industrialización, una burguesía a la que Perón intentó atraer a su proyecto político en su famoso discurso en la Bolsa de Comercio con escaso éxito.[10]

El nudo del enigma argentino, por lo menos como lo exponía Weil, se completaba con la necesidad de dar una respuesta adecuada a otro aspecto que reflejaba esa etapa clave de nuestro pasado. ¿Cuál era el nivel real de autonomía que tenían los gobiernos de la época con respecto a ambas potencias anglosajonas, aliados en la guerra pero con intereses diferentes en la Argentina?

[10] Juan Perón, *El pueblo quiere saber de que se trata.* Ed. Freeland. Buenos Aires, 1973. pp.157-168.

Si la alternativa, como planteaba Pinedo en su Plan de 1940, era sólo el de cambiar de metrópoli –pasar de la esfera de influencia inglesa a la norteamericana– eso constituía para Weil, partidario sin embargo de esta solución teniendo en cuenta la necesidad que tenía la industria de los productos de los vecinos del norte, un verdadero problema. La historia de las relaciones con Estados Unidos era muy compleja cuando no directamente adversa, tanto por las dificultades existentes desde las últimas décadas del siglo XIX para abrir los mercados norteamericanos a los productos argentinos, en especial la carne, como por las sanciones políticas y el bloqueo de Washington a fin de castigar al país por su neutralidad en la guerra, que incluyeron dos embargos de bienes y oro en Estados Unidos.[11]

En esto los norteamericanos no diferenciaban demasiado. Atacaban tanto la postura asumida por el régimen conservador como la de su sucesor, el gobierno militar, acusándolos a ambos de pronazis. A lo que se sumaba su favoritismo estratégico hacia Brasil, ya constituido como pivote de los intereses de Washington en la región, señales todas ellas que con el peronismo se irían acentuando.

Los ingleses, por su parte, querían defender sus cuantiosos activos en la Argentina, o por lo menos no perder su tradicional posición comercial dominante como mercado de nuestros productos así como su predominio financiero y tenían una actitud hacia el gobierno militar y luego hacia Perón más negociadora aunque nunca hubo un apoyo explícito a la figura de éste. Peña y Jorge consideraban que el nacionalismo de Perón no tenía que ver con una posición pronazi sino que confluía, más bien, con los intereses del capital británico.

También adscribían, profundizando tesis implícitas en Weil, a la idea marxista del bonapartismo para explicar que ese hombre fuerte del gobierno militar era una especie de nuevo Bonaparte que jugaba por encima de las clases, y a través de su lugar de privilegio en el Estado montaba su creciente poder. El período 1943-1946, era denominado en *Fichas* "El gobierno bonapartista de los estancieros y del imperialismo inglés".[12]

[11] Véase Félix J. Weil, *El enigma argentino* (2010). Cap. 5.

[12] En Alfredo Parera Dennis (Milcíades Peña), *Fichas de investigación económica y social,* Año I, nº 3, septiembre de 1964, pp. 61-69.

En un artículo posterior, ”Can Perón Be Bought?” (¿Puede Perón ser comprado?), escrito en 1950 Weil ya sostiene que el peronismo poco tenía que ver con un gobierno de arbitraje entre estancieros probritánicos e industrialistas: sus cuatro pilares eran los sindicatos, la burocracia, la iglesia y el ejército, con ausencia del viejo empresariado industrial –que había sido castigado por Perón al intervenir la UIA–, la oposición de los intereses agrarios, y un enemigo principal, el capital foráneo, identificado sobre todo con Estados Unidos.[13]

Esta tesis completaba los argumentos de Peña sobre el bonapartismo de Perón. Pero, como señala Pierre Vilar cuando critica en Nicos Poulantzas su calificación de fascismo a ciertos gobiernos, partiendo de preconceptos y adaptando los hechos a ellos, esto constituye un grave error que falsea el análisis histórico. El mismo Trotsky, referente principal de Peña, dice en un artículo escrito poco antes de la llegada del nazismo al poder que si esperásemos la repetición de todos los rasgos del bonapartismo encontraríamos que este es un acontecimiento único de una sola ocasión, es decir que el bonapartismo en general no existe. Aun si la tesis del bonapartismo resulta muy discutible, el análisis del menguado rol de la llamada burguesía nacional argentina no lo era y fue desde entonces la preocupación fundamental de Jorge, que le dio más consistencia.[14]

Desde la revista *Fichas* Jorge se convirtió de ingeniero ferroviario en economista y se dedicó a analizar los problemas del desarrollo industrial, procurando desentrañar las razones por la cual la Argentina no había logrado consolidarlo en su historia. Yo por mi parte, ya en París, me había propuesto estudiar mejor la vinculación argentina con el mundo durante la guerra y las restricciones internacionales de posguerra, originadas en la conducta de las grandes potencias hacia el país, para analizar en que medida perjudicaron su industrialización. Bueno es recordar también que ninguno de los 34 países de América Latina logró desarrollarse, lo que permite pensar este problema común como vinculado con el orden económico y político internacional, y con el rol periférico que le ha tocado a la región latinoamericana en relación a los centros

[13] En Félix J. Weil, *Inter American Economic Affairs,* nº4 (29), otoño de 1950.
[14] Véase Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario de análisis histórico,* Crítica, Barcelona, 1999; León Trotsky, *La lucha contra el fascismo en Alemania,* Ed. IPS, Buenos Aires, 2013.

de poder y los ciclos de hegemonía genovesa-española, británica y estadounidense.

En cuanto al problema económico de los primeros años del peronismo, y Jorge llegó a reconocerlo, se debió no sólo a razones internas o de políticas económicas. En los años ’30 y sobre todo durante la guerra se había producido un proceso de descapitalización por la obsolescencia de bienes de capital que no pudieron renovarse y la insuficiencia o calidad inferior de ciertos insumos, como los energéticos, perjudicados también en su importación. Aunque el comercio exterior era favorable, sobre todo con Inglaterra, esta no pagaba en efectivo sino en libras bloqueadas en Londres con garantía oro, no disponibles. A esto se agregó después de la guerra la inconvertibilidad de la libra, que facilitó la nacionalización de los ferrocarriles, independientemente del juicio positivo o negativo que se tenga de ella, pero produjo una creciente insuficiencia de dólares para comprar en Estados Unidos, el único país que podía proveer los bienes necesarios para el proceso industrial. Por otra parte, la implementación del plan Marshall, puso una barrera para la venta de productos argentinos a los tradicionales mercados europeos al excluir a toda América Latina, aunque la más perjudicada resultó la Argentina, de su programa de financiamiento de las exportaciones en esa dirección. Ahora Estados Unidos no sólo no nos compraba sino que obstaculizaba nuestro comercio con clientes tradicionales europeos.

A su vez, como ya lo señalaba Weil en los años ’40, pese al proceso de industrialización la mayor parte del sector manufacturero estaba en manos extranjeras, interesadas en el mercado interno pero no en impulsar un desarrollo tecnológico propio del sector. Weil era muy crítico de ese capital externo, sobre todo del vinculado al modelo agroexportador y a Gran Bretaña. escasamente ligado a la industria, Con respecto al norteamericano, aunque lo creía necesario, reconocía que era generalmente odiado en América Latina porque obtenía beneficios exorbitantes, quería siempre el control de las empresas si se asociaba a capitales locales y tenía tendencias monopólicas. De allí que diferenciara en su caso el *good* capital del *bad* capital, el primero, al

menos en sus deseos, no interesado en rápidos beneficios especulativos sino en potenciar el desarrollo industrial y los recursos del país.[15]

Esta visión de una Argentina dominada por el capital extranjero y con una burguesía nacional débil o inexistente se fue profundizando en Jorge a lo largo de sus obras, desde un trabajo pionero sobre Bunge y Born, hasta sus libros más importantes que recrean la historia de la industria local y de las instituciones representativas del sector. En particular, debe destacarse el estudio de algunas figuras y empresas emblemáticas como el ingeniero Torcuato Di Tella (padre) y la firma Siam-Di Tella, tanto en sus comienzos y trayectoria exitosa como en el proceso de su decadencia.[16]

También demostró, que ya en el XIX el capital privado argentino, entonces mayormente agropecuario, había desarrollado con una empresa nacional, el Ferrocarril Oeste, el primer emprendimiento de este tipo en el país, del que luego se hizo cargo la provincia de Buenos Aires.[17] Pero la presión de los intereses ingleses, interesados no sólo en su rentabilidad sino en colocar productos británicos, desde locomotores y vagones hasta el principal combustible, el carbón, se apoyaba en la política del presidente Juárez Celman, que sostenía que el estado era un mal administrador y que había que entregar las obras públicas a los capitales privados. De modo que esa línea ferroviaria terminó siendo vendida por el corrupto gobernador Marcos Paz, a la compañía *The Buenos Aires Western Railway Limited,* dueña del Ferrocarril Sur y del Central Argentino.

En verdad, esa oligarquía no necesitaba arriesgarse a invertir ni siquiera en la creación de una infraestructura que la favorecía, porque vivía de rentas. Y sino vayamos al ejemplo de Corina Kavagnah, que en plena crisis del ’30 vendió dos de sus estancias para construir el lujoso y arquitectónicamente avanzado edificio que lleva su nombre, dedicado al alquiler de departamentos para millonarios.

---

[15] Félix J. Weil, “*Good* capital versus *Bad*”, en *World Affairs.* septiembre de 1944.

[16] Véase Jorge Schvarzer, *La industria que supimos conseguir,* Ed. Planeta, Buenos Aires, 1996; Jorge Schvarzer y Marcelo Rougier, *Las grandes empresas no mueren de pie,* Norma, Buenos Aires, 2006.

[17] Véase Jorge Schvarzer y Teresita Gómez, “El Ferrocarril del Oeste: la lógica de crecimiento de la primera empresa ferroviaria argentina a mediados del siglo XIX”, en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad,* nº 25/26, 2003.

Así Schvarzer señala, refiriéndose más concretamente a la conducta a lo largo de su historia del propio sector industrial agrupado en la UIA, algo que encontraba sorprendente en una entidad de ese tipo: "su aprobación de ciertas estrategias dominantes que difícilmente puedan considerarse industrialistas, sus silencios en torno a temas claves para el desarrollo y consolidación del sector fabril y sus alianzas gremiales y políticas con fuerzas escasamente proclives a la industrialización nacional".[18] Para Jorge no hay país desarrollado que no se base en una burguesía nacional dispuesta a generar riquezas y en el caso argentino esto no había ocurrido por la incapacidad de las clases dominantes locales para avanzar en un sendero de desarrollo económico. No se trataba, tan sólo de un problema de falta de capacidad sino de adecuación a sus propios intereses.

En cuanto a la admiración de Schvarzer por Weil se centraba en la interpretación del propio proceso de industrialización. Félix consideraba, basado sobre todo en las cifras brindadas por los censos industriales y estudiadas en especial por Adolfo Dorfman, que ese proceso, apoyado por el Estado, ya era un hecho en la Argentina, aunque el mismo iba a constituir un difícil y largo camino, frustrado en gran parte, como el descripto por Jorge en sus libros.

Para él, al igual que para Weil, sólo la industrialización podría ser la principal palanca del desarrollo argentino. Un desafío que significaba enfrentar a las fuerzas mayoritarias del *establishment,* quienes siempre pujaron por volver al modelo agroexportador o a un esquema similar, excluyente en lo social y dependiente en lo financiero del exterior, logrando el cumplimiento de esos propósitos a partir de la última dictadura militar. Fue entonces cuando se implementa la política económica de Martínez de Hoz, cuya lógica e intereses involucrados Jorge desnuda y crítica temprana e impecablemente en varios libros y trabajos.[19]

Su contribución más importante en este sentido, es la demostración, sustentada en cifras y estadísticas contundentes, acerca de la falacia de

[18] Jorge Schvarzer, *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina,* Cisea-ImagoMundi, Buenos Aires*,* 1991, p. 246.
[19] Entre los que destacamos, Jorge Schvarzer, *Martínez de Hoz: la lógica política de la política económica,* Cisea, Buenos Aires, 1983.

aquellos economistas que proclamaban junto a Martínez de Hoz que la decadencia argentina provenía del propio proceso de industrialización, como las sillas de fabricación local que se quebraban en los spots publicitarios que la dictadura pasaba por televisión. Por el contrario, para él, los mejores años de nuestra economía, combinando crecimiento y una mejor distribución de los ingresos (con diferencias de acuerdo a los gobiernos), se dieron justamente, cuando el desarrollo industrial, con todos sus problemas, constituyó su núcleo central. La decadencia provino, en cambio, como consecuencia de las políticas neoliberales y de desindustrialización que comenzaron a mediados de los años ’70 y se acentuaron en los `90, culminando con la crisis casi terminal del 2001.

En el caso de Weil, su combate era en pro de la industrialización, en un época completamente distinta a la de Schvarzer. En su libro, Weil pone de relieve quienes se oponían al desarrollo industrial pero era imposible frenar ese avance, y pese a todos los obstáculos existentes, la industria argentina había crecido a pasos agigantados desde 1935, y se había convertido en un factor decisivo para cambiar el desarrollo económico y social del país. Para Weil fue solamente debido a la industrialización que la Argentina se salvo de una gran crisis bajo la cual el desempleo hubiera amenazado a todos los sectores de la sociedad y los estancieros ya se han dado cuenta que el reloj no puede ir hacia atrás.[20]

En un notable artículo que escribió en la *Gaceta de Ciencias Económicas* en junio de 2001, haciendo un balance a largo plazo de la economía argentina desde los años ‘30 hasta principio del siglo XXI, Jorge defendía de la misma manera a la industria y denunciaba cuáles eran sus adversarios (los mismos que señalaba 50 años antes Félix Weil). Allí dice: “a partir de la crisis de 1930 la Argentina fue obligada a cerrar su economía y a crear nuevas fuentes productivas, donde la industria ocupó un rol principal. Ese largo ciclo de crecimiento terminó hacia 1975, y fue seguido por otro, que denominamos de economía abierta, aunque no sea esta su única característica. El nuevo sistema, implantado con fuerza desde aquel entonces […] no ha mostrado ser mejor que el anterior, las fallas del modelo actual se aprecian con claridad cuando se toman algunas variables decisivas”.

[20] Véase. F. J. Weil (*El enigma argentino,* 2010), cap. 6.

En primer lugar, en la etapa 1949-1974 hubo menos períodos de recesión (1951-52 y 1962-63) que en la posterior que va desde 1976 al 2001, donde en un cuarto de siglo éstas se sucedieron unas a otras, y resultaron tan frecuentes y profundas como extensas (1975-76, 1978, 1981-82, 1989-90, 1995, 1999-2001). Luego, como Jorge lo demuestra en tres elocuentes gráficos, el comportamiento de los principales indicadores macroeconómicos confirmaba cual había sido, para él, la etapa más virtuosa. Observa así en la primera de ellas, un crecimiento del producto bruto total del 127% contra el 55% en la segunda y del producto bruto per cápita del 48% vs. el 9% respectivamente, mientras que. en el caso del valor agregado de la industria, las cifras eran también elocuentes: 232% contra un 10%. Al mismo tiempo, advierte una tasa de desempleo mucho menor: en la primera etapa ésta no superó el 6% anual, en tanto que posteriormente llegó a ser en promedio más del doble.

Mientras Weil nos hablaba de un futuro venturoso debido al proceso de industrialización Jorge se refería a un pasado mucho mejor por la misma razón aunque invertida: desde mediados de los años ’70 la desindustrialización y las políticas neoliberales impuestas a partir de entonces produjeron la crisis más profunda de nuestra economía; en ambos casos, el enemigo era el mismo.

Entre Weil y Jorge existen otras similitudes sorprendentes. En sus memorias, Weil afirma: “Marx dijo de si mismo en una oportunidad “Tout ce que je sais, c’ést que je ne suis pas marxiste””, señalando luego que lo más sugestivo en el análisis de Marx era que este no se aplicaba fuera de la historia real y que, a su vez, su concepción histórica nunca fue concebida como un principio dogmático, sino meramente como un procedimiento aplicable a la investigación sobre las experiencias concretas de la evolución social. *El Capital* no era más que un bosquejo del origen y el desarrollo del capitalismo en Europa occidental. Más allá de eso, su teoría tenía validez general sólo en el sentido en que toda comprensión profunda de un hecho histórico trasciende el caso específico.[21] Jorge señala, a su vez, en su autobiografía algo casi similar: “Si por marxismo se entiende una lectura congelada, dogmática y rutinaria de los textos de aquel pensador, yo no soy marxista. Al fin y al cabo, el propio

[21] M. Rapoport (*Bolchevique de salón,* 2014), pp. 222.

Marx afirmó lo mismo al fin de su vida al ver cómo usaban y abusaban de sus teorías. En cambio, creo que heredé algo de esa doctrina cuando pienso en términos de quiénes se benefician de una política y cómo ella afecta al devenir de la sociedad, o cuando pienso en los cambios que provoca el progreso técnico en el reparto de los beneficios y de cómo afecta a la estructura social". [22]

Sin embargo, no podemos ocultar las diferencias de vida y de época que los separaban. Como dijimos Weil pertenece a un período de guerras mundiales y revoluciones que lo convirtieron de heredero de la fortuna de un gran comerciante de granos, en un militante comprometido políticamente, creador de instituciones académicas basadas en un pensamiento crítico, colaborador de políticas económicas argentinas en momentos decisivos, como el impuesto a los réditos, y analista agudo y precursor del proceso económico, político y social de nuestro país. A pesar de errores subjetivos o de interpretación, su libro y otros trabajos constituyen la clave para entender muchos sucesos posteriores. Como señalo en su biografía, el enigma argentino forma parte del enigma Weil, cuya vida aventurera y contradictoria, que en mi libro comparo a la de Zelig, el personaje de la película de Woody Allen, lo ubica en cierto momento ligado a la Rusia soviética, en otros colaborando con el régimen conservador argentino de los años '30 y ,finalmente, en universidades y centros militares de los Estados Unidos en la guerra e inmediata posguerra. Pero si Leonard Zelig, es un verdadero camaleón humano, no realiza nada en su vida salvo el ejercicio de la imitación. Weil, por el contrario, aportó una experiencia rica y una obra considerable, donde sus cambios y avatares tienen un propósito definido, que lo llevan a desprenderse incluso de sus bienes materiales.

Un "bolchevique de salón", como se calificaba el mismo, que abrazó por lo general ideas contrarias a las de su propia clase. Un hombre de varios mundos y países, Alemania, Estados Unidos, Argentina, éste último su país natal y de preferencia al que dedicó la mayor parte de sus obras y defendió una

[22] Jorge Schvarzer, *Autobiografía,* http://www.jorgeschvarzer.com.ar.

de sus principales causas, la de las islas Malvinas. Y eso que vivió sólo 16 de sus 77 años en nuestro país, incluidos nueve de su infancia.[23]

En cuanto a su entusiasmo por una vinculación más estrecha con Estados Unidos, donde estaba radicado desde fines de los años '30, para contribuir a impulsar el proceso de industrialización, y debilitar la influencia británica y de los estancieros, es la última vuelta de tuerca de una vida desilusionada de sus ideales revolucionarios.

Jorge perteneció a otra época, igualmente conflictiva en lo internacional y en lo nacional, y su trayectoria personal y política fue distinta a la de Weil. De origen más humilde tuvo la necesidad de trabajar siempre duramente y si bien asumió compromisos militantes sus principales aportes fueron sobre todo a través de sus libros y artículos. También es destacable su desempeño en instituciones académicas, incluyendo esta misma Facultad de Ciencias Económicas donde fue un brillante secretario de investigación y uno de los principales referentes del grupo Fénix. En este último tramo de su vida nuestro contacto personal iniciado en París continuó en forma estrecha, recordando a veces esa copa de vino Riesling con la que celebramos, en aquellos años juveniles, esa nueva etapa común de nuestras vidas.

No se si resolvimos el enigma de nuestro país, pero como digo siempre, señalando el paralelismo que un conocido diccionario hace entre la investigación científica y la policial, "la tarea del investigador debería atraer a todo espíritu aventurero o deseoso de descubrir las incógnitas que plantea la vida, la sociedad o el crimen".[24]

Hoy más que nunca los paralelismos parecen imponerse. Marlowe, el célebre detective de Raymond Chandler, o Sam Spade, el de Dashiell Hammett, ambos interpretados magnificamente en el cine por Humphrey Bogart, estarían desbordados de trabajo en la Argentina y en muchas partes del mundo. La investigación nos presenta el mismo acuciante desafío en el caso de las ciencias económicas y sociales. El principal villano es ahora una desregulación y globalización financiera implacable, que no significó ir hacia un

[23] Véase. M. Rapoport (*Bolchevique de salón,* 2014).

[24] Mario Rapoport, "Marlowe o los desafíos de la investigación en la universidad", en Enoikos, Revista de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, N° 13, Año VI, julio de 1998, pp. 78-80.

mundo más libre sino, por el contrario, acentuar las desigualdades y manejar otro tipo de relaciones interestales basadas en el poder financiero, produciendo la crisis iniciada en el 2007-2008, la más importante del capitalismo desde los años ’30, que todavía continúa y cuyo ejemplo más claro lo padece hoy la Argentina con la cuestión del endeudamiento externo y los fondos buitres.

Éstos últimos, no nos engañemos, no son simples especuladores en busca de obtener ganancias indebidas, sino expresiones políticas de un nuevo tipo de vinculación con la metrópoli dominante, quien impuso sus reglas de juego ante gobiernos dictatoriales o complacientes y hoy pretende subordinarnos a una justicia que ignora la soberanía jurídica de las naciones. Vaya tema para Jorge, Weil y otros autores semejantes. Y porqué no para Dashiell Hammett, si cambiamos el tipo de ave de rapiña, buitres por halcones. Su libro más famoso se llamaría ahora el “Buitre maltés”.